

A romantic scene in a European town square at sunset. A man with dark hair and a beard, wearing a blue shirt, plays an acoustic guitar with Celtic knotwork on the body and a patterned strap. He is looking down at the instrument with a smile. A woman with long red hair, wearing a green dress and large ornate earrings, looks up at him and smiles. The background shows white buildings and warm sunset light.

Entre cuerdas y gemas

OLIVIA NESS

Título original: Entre cuerdas y gemas.

Primera edición: marzo 2025.

©2025, Olivia Ness.

Diseño de cubierta: Olivia Ness.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio o procedimiento sin permiso escrito de la autora. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <https://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso de la autora.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia y sin intención alguna de plagio.

Entre cuerdas y gemas

Olivia Ness

Eyre Square resplandecía bajo los farolillos que brillaban como estrellas, envolviendo a Galway en un aire de magia. El Festival de San Valentín daba comienzo con música en vivo, puestos artesanales y una brisa fría que traía consigo el aroma de chocolate caliente y flores frescas. Entre la multitud, Niamh O'Connor ultimaba los detalles de su puesto. Había trabajado durante semanas creando una colección de joyas inspiradas en el anillo Claddagh, esperando que este evento le diera la visibilidad que tanto necesitaba.

—Solo falta que alguien se anime a comprar —murmuró para sí misma mientras alineaba cuidadosamente los anillos en pequeños estuches forrados de terciopelo. Este festival suponía una excelente oportunidad para su negocio, pero también era un recordatorio de que, un año más, no tenía pareja.

A unos metros de distancia, una guitarra comenzó a sonar, llenando el aire con una melodía cálida y melancólica. Niamh levantó la mirada, atraída por la música. Cerca de su puesto, un hombre tocaba con una mezcla de pasión y despreocupación, como si el mundo alrededor no existiera. Su cabello oscuro caía en mechones desordenados, y llevaba una chaqueta de cuero que parecía haber visto mejores días.

«¿Quién será?».

Un cliente que curioseaba en su puesto respondió a su pregunta no formulada.

—Suenas bien, ¿verdad? Se llama Ciarán Daly. Es músico, y también está vendiendo libros de poesía. Aunque parece que toca mejor de lo que escribe.

Niamh sonrió y volvió su atención al puesto. Unos minutos después, una voz masculina y grave la sacó de su concentración.

—Disculpa, ¿este anillo... es de tu puesto?

Niamh se giró y vio a Ciarán sosteniendo uno de sus anillos Claddagh. Sus dedos lo giraban con curiosidad, como si intentara descifrar su significado.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Niamh sorprendida.

—Un cliente me lo dio a cambio de uno de mis libros —explicó Ciarán con una sonrisa torcida—. Dijo algo sobre el amor eterno. Pensé que estaba bromeando.

—No estaba bromeando. Eso es un Claddagh. Simboliza amor, lealtad y amistad. — Niamh cruzó los brazos—. ¿Y por qué te lo ha dado?

Ciarán se encogió de hombros.

—Supongo que pensó que tenía cara de entender el amor. Gran error.

Niamh soltó una carcajada.

—Parece que te falta práctica. ¿Qué haces entonces el día de San Valentín aquí?

—Intento vender poesía mientras amenizo con mi guitarra —admitió él—. Pero parece que tus joyas me están robando la atención.

—Quizá deberías escribir algo más romántico —sugirió Niamh, esbozando una sonrisa.

—¿Tus anillos garantizan el amor eterno?

—Yo creo los anillos. El resto depende de las personas —respondió ella divertida.

Ambos se rieron. Aunque la conversación fue breve, el intercambio de miradas dejó algo en el aire, como si el festival acabara de encender una chispa inesperada.

El día siguió su curso, y el frío de la tarde se hizo más intenso. A pesar de los guantes, Niamh sentía cómo sus dedos se entumecían mientras acomodaba su puesto por quinta vez en el día. Cada poco, miraba de reojo hacia el rincón donde Ciarán continuaba tocando su guitarra. Observó la pila de libros, que seguía igual de alta que al comienzo del festival. «Qué desastre».

Poco después, Niamh tomó un sorbo de café para entrar en calor y, cuando levantó la vista de la taza, vio a Ciarán frente a su puesto con las mejillas enrojecidas por el frío y su guitarra colgando de su espalda.

—¿Cómo va el negocio, Miss Anillos Eternos? —preguntó, frotándose las manos para entrar en calor.

—Lo suficientemente bien como para no abandonar mi pasión para tocar canciones tristes
—respondió Niamh con una sonrisa sarcástica.

Ciarán soltó una risa.

—*Touché*. Aunque, para ser justos, algunas de mis canciones tienen un toque esperanzador.

—¿Ah, sí? Porque todo lo que he escuchado hasta ahora suena como el *soundtrack* de una película dramática.

Ciarán fingió sentirse ofendido.

—Entonces tendré que demostrarte que tengo más variedad. Pero primero..., ¿compartirías tu café conmigo? Prometo pagártelo cuando venda mi segundo libro.

Niamh puso los ojos en blanco, pero le sirvió un poco de café.

Charlaron sobre sus experiencias en otras ferias y festivales. Ciarán le contó cómo había llegado a Galway tres años atrás, dejando a sus espaldas un trabajo aburrido en Dublín, para seguir su sueño de escribir y tocar música.

—¿Y cómo te está yendo con ese sueño? —preguntó Niamh, apoyándose en el borde de su puesto.

—Depende de a quién le preguntes. Mi madre diría que soy un desastre, pero yo prefiero verlo como un proceso creativo. Las historias necesitan tiempo para madurar, ¿sabes?

—Claro, y mientras maduran, ¿vives de vender poemas y tocar la guitarra?

—Algo así. Aunque no es tan malo como suena —respondió Ciarán con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Cómo terminaste diseñando joyas?

Niamh las miró, como si las piezas que había creado fueran una respuesta suficiente.

—Siempre me gustó trabajar con cosas pequeñas, detalles que la gente apenas nota. Pero no soy de las que persiguen sueños románticos como tú. Esto es trabajo, no inspiración.

Ciarán la observó con curiosidad.

—No me digas que eres de esas personas que no creen en el amor.

—No es eso. Solo creo que el amor no es como los anillos Claddagh: eterno, leal, perfecto. Es complicado y, a veces, termina mal.

—Vaya, vaya. Así que vendes una quimera en la que no crees —dijo él, arqueando una ceja—. ¿Seguro que no necesitas escribir poesía? Podrías mejorar mis tristes versos.

Antes de que Niamh pudiera responder, una ráfaga de viento hizo tambalear uno de sus estantes. Ciarán reaccionó rápido y sujetó la estructura antes de que se volcara.

—Creo que el universo está de mi lado. Si no fuera por mí, estaría todo en el suelo —dijo alzando las cejas con aire triunfal.

—Gracias, pediré que te nombren héroe del día —respondió Niamh, enderezando los estantes.

Cada vez que Ciarán paraba a descansar, se acercaba al puesto de Niamh, ya fuera para comentar algo sobre algún cliente o simplemente para molestarla con preguntas sobre sus creaciones y terminar riendo a carcajadas juntos. Niamh comenzó a disfrutar de la compañía del músico sin darse cuenta. Su humor despreocupado y su manera de ver el mundo contrastaban con los suyos.

Cuando las luces del festival comenzaron a brillar con más intensidad al caer la noche, Ciarán apareció una vez más, esta, con su guitarra en la mano.

—¿Lista para escuchar una balada? —preguntó inclinándose hacia ella.

Niamh se cruzó de brazos, fingiendo escepticismo.

—¿Romántica? Vas a espantar a mis clientes.

—No veo ningún cliente por aquí.

Ciarán comenzó a tocar una melodía suave, casi alegre, y, mientras cantaba, los curiosos empezaron a reunirse alrededor del puesto de Niamh. Sus letras, aunque improvisadas, hablaban de segundas oportunidades, de encontrar la belleza en los lugares menos esperados y de cómo a veces una chispa en el lugar correcto puede encender un fuego inesperado.

Cuando terminó, los aplausos llenaron el aire, y algunos visitantes aprovecharon para preguntar por las joyas de Niamh, comprando varias piezas en cuestión de minutos.

—Bueno, parece que soy tu talismán de la suerte —dijo Ciarán satisfecho.

—¿Y si te contrato como mi *manager*? —Niamh intentó ocultar su sonrisa.

Pasaron las horas, y Niamh y Ciarán charlaron de manera animada. Él le habló de los sacrificios que había hecho para perseguir su sueño, y ella le confesó lo difícil que era mantener un negocio pequeño sin renunciar a sus principios.

—Supongo que ambos sabemos lo que es luchar por algo que importa. —Ciarán la miró a los ojos.

—Sí —admitió Niamh en voz baja—. Aunque no sé si vale la pena.

—Sí vale la pena. Solo tienes que ver lo que has conseguido hoy.

Esa noche, mientras las luces del festival iluminaban Eyre Square, Niamh comenzó a ver a Ciarán de una manera distinta. No era solo un músico que perseguía un sueño; había algo en su constancia y su humor que le hacía sonreír de manera inevitable.

Ciarán, por su parte, sentía que había encontrado en Niamh alguien con quien podía ser completamente sincero.

Todavía no lo sabían, pero el Festival de San Valentín estaba lejos de terminar con la última canción.

Cuando el flujo de clientes disminuyó un poco, Niamh se dio cuenta de que había pasado la mayor parte de la tarde charlando con Ciarán. Aunque al principio el músico le había parecido un poco irritante, gracias a su compañía, el día había transcurrido más rápido. Mientras estaba perdida en sus pensamientos, él se acercó con dos vasos de chocolate caliente en las manos.

Ciarán le ofreció uno de los vasos y ella lo aceptó con una sonrisa. Se sentaron juntos en un banco cercano, donde podían vigilar ambos puestos mientras tomaban el chocolate. Durante unos minutos, el bullicio del festival les pareció muy lejano. Ciarán empezó a contarle historias de sus bolos, pequeños conciertos en bares donde solo tres personas lo escuchaban, y de las veces que tuvo que dormir en su coche porque no podía permitirse un hotel.

—Suenan... duro —comentó Niamh.

—Es parte de la aventura —dijo él encogiéndose de hombros—. Aunque a veces me pregunto si debería rendirme. Buscar un trabajo más estable, una vida más... normal.

—¿Y por qué no lo haces?

Ciarán la miró fijamente con seriedad.

—Porque cuando toco, incluso en un festival como este, siento que estoy donde debo estar. ¿Nunca has sentido eso?

Ella se quedó en silencio por un momento.

—Supongo que sí. Cuando alguien compra uno de mis anillos y veo cómo lo miran, como si significara algo más que una simple joya..., siento que vale la pena.

—Entonces no estamos tan alejados como parecía —dijo él con una sonrisa.

La noche avanzó, y a su alrededor los puestos comenzaron a llenarse de gente. Un grupo de músicos pasó cerca de ellos, tocando una melodía tradicional irlandesa. La energía contagiosa hizo que Ciarán se levantara de golpe.

—Vamos —extendió la mano hacia Niamh.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella desconcertada.

—¿Nunca has bailado en un festival? Es casi obligatorio.

—No me gusta bailar.

—Eso no es cierto. A todo el mundo le gusta bailar. Solo necesitas la canción adecuada.

Antes de que pudiera resistirse, Ciarán la tomó de la mano y la llevó hacia el centro de la calle, donde otras parejas se movían al ritmo de la música. Niamh se sintió fuera de lugar al principio, pero Ciarán no parecía preocupado por eso. Giró, tropezó un poco y se rio, disfrutando el momento.

—Esto es ridículo —dijo Niamh sin poder contener la risa.

—Exacto. Eso es lo mejor de todo.

Niamh se relajó. Sus movimientos, al principio torpes, se volvieron más fluidos y, antes de darse cuenta, estaba girando junto a Ciarán como si hubiesen bailado juntos desde siempre, perdiéndose en la energía de la multitud.

Cuando la canción terminó, ambos estaban sin aliento, pero sonriendo. Ciarán la miró con una expresión casi triunfal.

—Sabía que podías hacerlo.

—Solo porque no me has dado la oportunidad de escabullirme.

Volvieron a sus puestos con la sensación de que algo había cambiado entre ellos.

—Bueno, señorita diseñadora de anillos, parece que la noche está siendo más interesante de lo que esperaba —dijo Ciarán recostándose en el borde de su puesto.

A medida que el festival avanzaba hacia su clímax, Ciarán comenzó a tocar más canciones frente al puesto de Niamh, atrayendo así cada vez a más clientes. Cuando terminaba una pieza, miraba hacia ella. Y cada vez que él la miraba, Niamh le dedicaba una sonrisa, algo que él valoraba más que los aplausos de los extraños.

Entre canción y canción, se descubrieron compartiendo más de lo esperado. Niamh le habló de su familia, de cómo había heredado su amor por el diseño de su abuela, quien solía tallar pequeñas figuritas de madera. Ciarán, por su parte, le confesó cómo había escrito su primer poema a los quince años, inspirado por una chica que nunca supo que existía.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Niamh con curiosidad.

—Nada. Nunca tuve el valor de hablarle —admitió él riendo—. Supongo que por eso prefiero escribir canciones. Es más fácil cantar lo que sientes que decirlo en voz alta.

—Eso es una lástima. A veces, lo más importante es decir las cosas directamente.

Ciarán asintió pensativo.

—Tal vez tengas razón. Pero no todos somos tan valientes como tú.

—¿Yo? ¿Valiente?

—Claro. Estás aquí, exhibiendo tu trabajo, enfrentándote a extraños. Eso no es nada fácil.

Niamh lo miró con incredulidad, pero sus palabras resonaron en ella. Nunca había pensado en sí misma como valiente, pero había algo en la manera en que Ciarán la miraba que la hacía sentir segura de sí misma.

Cuando las últimas horas del festival se acercaban, un cliente llegó al puesto de Niamh buscando un anillo especial para su novia. Niamh le ayudó a elegir la pieza perfecta. Mientras tanto, Ciarán les observaba desde su rincón, tocando una melodía suave que parecía acompañar el momento.

Cuando el cliente se fue sonriente, Niamh se giró hacia Ciarán.

—Parece que hacemos buen equipo.

—¿Quién lo habría pensado? —Dejó la guitarra a un lado.

Por primera vez en mucho tiempo, Niamh se permitió imaginar qué pasaría si alguien como Ciarán formara parte de su vida. Pensó que tal vez no era tan malo dejar entrar un poco de caos en su mundo.

Ciarán, por su parte, sentía que había encontrado a alguien que no solo entendía sus inseguridades, sino que las desafiaba con su pragmatismo y su peculiar humor. No sabía qué pasaría después de esa noche, pero estaba decidido a averiguarlo.

El reloj marcaba las diez cuando las luces comenzaron a atenuarse, indicando que el Festival de San Valentín llegaba a su fin. La calle seguía llena de parejas y familias, pero muchos puestos ya empezaban a recoger. Niamh miró alrededor, viendo cómo las calles recuperaban poco a poco su ritmo nocturno habitual.

Ciarán apareció frente a su puesto de nuevo. Su expresión, normalmente relajada y bromista, tenía un toque de nerviosismo que Niamh no había visto en todo el día.

—¿Estás preparado para retirarte, poeta? —preguntó ella cerrando la caja donde guardaba el dinero con un chasquido.

—Casi. Pero antes, tengo algo para ti.

Niamh levantó una ceja con desconcierto.

—¿Para mí?

Él le tendió una pequeña pulsera hecha de hilos trenzados y adornada con cuentas de madera pintadas a mano.

—¿La has hecho tú? —preguntó Niamh sorprendida.

—Hace años. Era algo que hacía para relajarme, pero nunca pensé que sería un regalo. Luego he pensado que tal vez, después de todo lo que has dicho sobre los detalles pequeños que importan, podría gustarte.

Niamh pasó los dedos por los hilos.

—Es preciosa —dijo en voz baja.

—Bueno, es lo menos que podía hacer. Después de todo, tú has hecho este festival mucho más interesante. —Ciarán la miró con una intensidad que hizo que Niamh sintiera un cosquilleo en el pecho.

—Eso es algo que podría decir yo —respondió ella sonriendo—. Aunque sigo pensando que necesitas mejorar tus canciones tristes.

Ciarán rio y se acercó buscando la mirada de Niamh.

—Nunca pensé que vendría aquí y encontraría algo más que una oportunidad para vender libros que nadie quiere comprar.

—Yo nunca pensé que podría divertirme tanto bailando —replicó Niamh.

—Tal vez sea cosa del *cinniúint*¹, ¿no crees?

—Tal vez.

Por un momento, todo a su alrededor pareció desvanecerse, dejando solo el sonido del viento y las luces de los farolillos que colgaban a su alrededor.

—Sé que solo nos conocemos desde hoy, pero... me gustaría verte otra vez. Invitarte a un café, un chocolate o a lo que tú prefieras.

Niamh lo miró, sorprendida por su sinceridad, pero no tardó en esbozar una sonrisa.

—Solo si prometes no cantarme otra balada triste en nuestra primera cita.

Ciarán rio, aliviado.

—Lo prometo. Hasta podría escribir algo romántico. Quizá inspirado en alguien que conocí aquí.

Niamh sintió cómo sus mejillas se ruborizaban, pero no desvió la mirada.

—Entonces, tal vez tengas una oportunidad, poeta.

Mientras los últimos acordes del festival resonaban en el aire, Ciarán y Niamh se despidieron con la seguridad de que algo especial había comenzado.

El Festival de San Valentín había terminado, pero para ellos, el verdadero comienzo estaba por llegar.

1 Cinniúint- Destino.